

## HUEYALTEPETL

Otra ciudad precolombina se ha descubierto en las vertientes de la altiplanicie mexicana. Entre bosques espesos y vigorosos, prendidos a los contrafuertes de las montañas en que muere la gran Mesa, encuéntrase un hacinamiento de edificios arcaicos, habitaciones y pirámides con apariencia de montículos naturales, y, sobre ellos, el ocote, el madroño y el pino crecen formando espesuras donde nadie sospecharía la existencia de un viejo emporio de cultura.

Tal es la revelación aportada a la ciencia histórica por recientes trabajos del Museo Nacional de Arqueología de México.

El caso es notable por haberse efectuado el descubrimiento dentro de los límites de la altiplanicie, región tan conocida y tan recorrida por los exploradores, quienes palmo a palmo la han cruzado, arándola — puede decirse — en busca de ruinas y reliquias aborígenes.

A partir de los viajes de Charnay, de los hermosos descubrimientos de Saussure y de Rodríguez, y de las investigaciones de Batres y de Selser, nadie creía factible el hallazgo de un centro importante de cultura indígena, y menos sin que existiesen referencias de él en los relatos de los viajeros modernos, ni en las cartas geográficas o arqueológicas, ni en los cronistas del tiempo colonial, ni siquiera en los historiógrafos indígenas, que tan preciosas noticias de esta clase suelen aportarnos.

Encuentros de uno o unos cuantos *halletes* aislados, sí son frecuentes: existen por todas partes de la República, llamándose *cues* en ciertas comarcas, *cocillos* en otra, *teteles* acullá, etc., etc. Pero una ciudad entera, con plazas, habitaciones y templos, depósitos de agua y obras de fortificación y defensa, por rudimentario que todo ello se vea, es algo más difícil de encontrar en zona tan explorada. Cosa semejante sólo se concibe aún, en las regiones meridionales, y, particularmente, en las florestas de Yucatán, Petén y Chiapas, donde puede decirse que ayer, apenas, Maudsley, Bernouilli, Teo-

berto Maler y el conde de Perigny han realizado hallazgos de magníficas ciudades perdidas en la espesura de selvas inmensas.

Saussure mismo declaraba, hace ya setenta años, que el descubrimiento de una ciudad en la altiplanicie era prácticamente una quimera; y el encuentro de Cantona, hecho por el ilustre sabio, pareció cerrar el ciclo de los grandes hallazgos arqueológicos, en esta parte de la República.

Afortunadamente, nuestra patria es harto extensa y rica. El Egipto del Nuevo Mundo, que con justicia se le llama, abunda en reliquias de civilizaciones que tuvieron por escenario el privilegiado territorio mexicano, centro pródigo en elementos de vida, al que por eso mismo aflúan, como otros tantos ríos, inmigraciones sobre inmigraciones en los tiempos idos. La lista de los descubrimientos ha podido aumentarse, y correspóndele ahora la satisfacción y el prestigio a mexicanos, y, sobre todo, al C. Ministro de Educación Pública y al ilustre Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, centro neto, legal y científicamente, de este género de exploraciones e investigaciones. A sus triunfos anteriores y gloriosos, obtenidos en épocas en que la benemérita institución estaba asociada con nombres tan insignes como los de D. José Fernando Ramírez, Orozco y Berra, Alfredo Chavero y Francisco del Paso y Troncoso, agrégase el que modestos pero entusiastas investigadores han conseguido realizar esta vez, estimulados por el amor a la patria y a la prodigiosa y fascinante historia de México.

Por lo pronto, he ahí un nuevo campo de estudio abierto a los afanes de los escrutadores. Posteriores reconocimientos y exploraciones científicas se encargarán de exhumar el secreto de la misteriosa metrópoli perdida en lo alto de las serranías; y entonces surgirá constelado de luces brillantes, como en los tiempos en que palpitaba a la vida, ese ayer todo hermosura y esplendor que vió desenvolverse el prodigio de las culturas autóctonas bajo el toldo eternamente azul del cielo de México.

#### SITUACION DE LA CIUDAD

Hueyaltépetl ocupa posición extraordinaria y desusada: a esta circunstancia se debe el hecho de que haya permanecido oculta por tan largo tiempo. Asíéntase en las alturas de uno de los más poderosos contrafuertes del Cofre de Perote.

Los edificios ocupan extensión considerable de la ladera del cerro, alcanzando hasta la cresta más alta del contrafuerte; pero el núcleo de ellos se concentra en una breve meseta con un reborde pronunciado, que se forma a media altura de la ladera, y hasta allí únicamente llegan las estructuras, sin que una sola se descubra abajo del reborde citado, cuya altura absoluta sobre la planicie inferior pasa de doscientos metros.

Situada sobre el nivel del mar, la zona de los llanos de Perote, a una altura media de dos mil cuatrocientos metros, Hueyaltépetl queda colocada entre los dos mil seiscientos y los dos mil ochocientos cincuenta de altitud absoluta, pues debe decirse que la parte de la ladera cubierta por los edifi-

cios es pendiente con exceso, y entre los monumentos superiores y los inferiores el desnivel excede de doscientos metros.

Los edificios que nombramos inferiores, por su situación en la falda del cerro, son, en su mayoría, los más grandes; y casi todos descansan sobre esa imperfecta meseta a que aludimos, confinando una serie de ellos con el borde en saliente que forma la misma meseta, y el cual pudiera compararse con un balcón natural desde donde se descubre admirablemente el panorama.

Probablemente estas estructuras extremas fueron los atalayas y observatorios de la población. Sólo desde allí se distingue la lontananza maravillosa de los llanos, con el picacho de Pizarro a la distancia y el inmenso pedregal en la lejanía; y sólo desde allí se distingue ese paisaje, porque, apenas el explorador se interna breves pasos, pierde de vista las llanuras y toda otra lejanía, no volviendo a distinguir, en parte alguna de las ruinas, sino el follaje tupido de la vegetación que lo rodea cerrando el horizonte en todas direcciones.

Los árboles son ocotes, madroños y pinos corpulentos, que alcanzan veinte y treinta metros de altura, y mezclan su ramaje formando bóveda no interrumpida, en la que trinan las canoras aves del Cofre. Gran número de los troncos han arraigado en las paredes y sobre la cima misma de las estructuras, según las fotografías lo manifiestan, hecho que constituye, con otras, una de las muchas pruebas de la antigüedad de la población, ya que es preciso largo tiempo para que tan espesa capa vegetal se deposite y para que árboles vigorosos hayan podido arraigar y desarrollarse sobre la piedra de los edificios.

Pero, al primer golpe de vista, fácilmente se engaña el viajero respecto de la naturaleza de los montículos, que viste con su manto rojizo el *ocoxal* y cubre la arboleda; y la ilusión es mayor, por las desigualdades del terreno mismo, en aquel flanco de enorme montaña donde nadie sospecharía que una ciudad entera se levanta.

\*  
\* \*

Ejecutaron los indígenas, sin duda, obras de ingeniería primitiva para mejorar las condiciones del difícil terreno en que trabajaban; nivelaron, en lo posible, la breve meseta, y así pudieron formar, aun cuando imperfectamente, lo que semeja avenidas y explanadas, atrios y plazas, en torno de los edificios principales. Sólo allí la construcción puede considerarse un tanto regular. Sólo allí los edificios se agrupan en orden perceptible que recuerda las construcciones similares de cualquiera metrópoli, donde un templo o un palacio se levantan al fondo o en el centro de un espacio plano, rodeados por estructuras secundarias y ceñidos, a veces, por una barda o muro de protección.

En Hueyaltépetl este sistema se observa en varios sitios, y existe el muro de protección, que, por cierto, es de piedra dura. Aquí es donde la localidad presenta un aspecto más caracterizado de ciudad en forma.

En las zonas restantes, las estructuras véense irregularmente diseminadas y se levantan sobre el talud del cerro en pendientes que suelen exceder de treinta y cinco grados. Es obvio que edificar en tales circunstancias debía traer una multitud de inconvenientes; pero los constructores los atenuaron por medio de un artificio ingenioso. Levantaron cada vivienda — o lo que tal parece — sobre un zócalo cuya altura varía en cada caso.

Por este motivo, y porque así fuera la práctica tradicional entre los aborígenes — como lo revelan numerosas ruinas, aun de ciudades tan distantes como Tikal, en el Petén —, el hecho es que todos los edificios y estructuras de Hueyaltépetl son basamentos. Las construcciones mayores, que suponemos destinadas para adoratorios, son basamentos, en su totalidad, sobre los que se hallaban estructuras de madera o de piedra, hoy desaparecidas.

Los montículos pequeños — a nuestro juicio viviendas de los antiguos moradores — también descansan sobre zócalos en lo general elevados; y aun cuando subsiste el piso y una parte de los muros de los aposentos superiores, como ésta es reducida y nada se conserva de los techos, puede decirse que allí también sólo un basamento es lo que el explorador tiene a la vista.

Por lo demás, el hecho servirá para la identificación de la cultura fundadora de Hueyaltépetl, atenta la práctica observada por ciertas razas o familias aborígenes, de construir exclusivamente en esa forma.

\*  
\* \*  
\*

Un problema surge a la mente cuando se considera tal situación desusada de la urbe. ¿Por qué los edificios descienden sólo a media altura del cerro, y ni uno solo se descubre por debajo de aquel reborde natural, que se antoja tanto un balcón como una obra de defensa? ¿Por qué no continúan las estructuras hasta el llano, siendo que mientras más se baja más mansa es la ladera y más adecuada para construir sobre ella? ¿No es lógico imaginar que, con acceso directo al llano, los moradores de esa metrópoli tenían a la mano facilidades de vida y medios de subsistencia que los flancos escabrosos del cerro no podían proporcionarles?

La respuesta parece una sola. Debe inferirse que edificaron en lo alto forzados por las circunstancias; que no dependía únicamente de su voluntad el acceso directo a la planicie; que algún enemigo los obligaba a refugiarse en las alturas, y que el poder de este adversario era bastante para que prefirieran remontarse y subsistir de los elementos que proporciona el cerro mismo y, acaso, de los que adquirirían por la otra vertiente de la montaña.

Inclinados fueron los aborígenes a instalarse en las alturas, pues poseían nociones no despreciables de higiene primitiva y les gustaban los sitios cuya atmósfera se renueva con facilidad; pero al elegir lugar de esa naturaleza, no establecían demarcación completa respecto del plano inferior, como notoriamente se nota en Hueyaltépetl. Inclinados fueron a construir en la cumbre misma de cerros y aun sobre los riscos más audaces y salvajes, como en

Xochicalco y en Tepoztlán encontramos ejemplo; pero esencialmente se trata de santuarios, que no de la edificación de una ciudad completa.

Antes dijimos que ninguna estructura aparece por debajo del reborde en saliente, límite de la meseta del cerro que se eleva a doscientos metros sobre la llanura. En consecuencia, parece verosímil que el tal reborde fuera atalaya, a más, quizá, de observatorio astronómico; y posiblemente sirvió alguna vez como corona de escarpa en los asaltos que haya resistido, acaso heroicamente, esta vieja metrópoli de la sierra mexicana, esta urbe de los montes que forman la gran cordillera del Citlaltépetl.

### TOPOGRAFÍA.

Para estudiar las estructuras de Hueyaltépetl, el procedimiento más sencillo consiste en numerarlas, a partir de un punto apropiado.

Existe la circunstancia favorable de que la ciudad, en su mayor parte, queda comprendida dentro del espacio circunscrito por dos grandes barrancas: probablemente los mismos aborígenes las tuvieron en cuenta para demarcar su población, y aun para defenderla, en caso necesario: el hecho es que sólo un número relativamente corto de montículos encuéntrase más allá de esos accidentes naturales.

La barranca septentrional, pronunciada y profunda, conócese por barranca de la Cueva del Negro, a causa de una anchurosa y arrogante caverna que se abre en uno de los flancos dejando al descubierto las magníficas peñas andesíticas de la roca del Cofre. También en la otra barranca se encuentra una cueva — por cierto, muy escondida e interesante — que se denomina Cueva del Colorín.

Entre una y otra, levántase la mayoría de las estructuras pequeñas, y todas las de tamaño regular o grande; éstas últimas nosotros las enumeramos por orden progresivo, a partir de la barranca del Colorín, hallando un total de veintidós edificios importantes. Las estructuras un tanto pequeñas, simples habitaciones o viviendas a lo que parece, exceden ventajosamente de doscientas.

### LOS EDIFICIOS. SU FORMA Y DIMENSIONES.

La planta es rectangular y casi uniforme en las estructuras de Hueyaltépetl. La diferencia consiste en que hay construcciones un tanto alargadas, aunque ninguna con exceso, porque lo general es que el largo y el ancho estén proporcionados, lo que determina un efecto armonioso de conjunto. Impresión de orden estético, que sin duda buscaron los constructores, y que realza por hallarse aislados los edificios mayores, al centro o en el fondo de un espacio libre y suficientemente plano para poder llamarle plaza.

Medidos en la base, los edificios mayores alcanzan veinticuatro y aun treinta metros de longitud, con latitud de dieciséis y veintidós. La plataforma superior, asiento probable del adoratorio, tiene doce metros de anchura.

por dieciséis de longitud, en uno de los montículos principales. Estas cifras varían en cada caso; las precisaremos cuando se prosiga la obra de exploración y reconocimiento.

En las estructuras pequeñas, las dimensiones pueden estimarse, por término medio, en seis metros de longitud por cuatro de anchura, tomadas en la base de los zócalos. El espacio interior, cerrado, que se encuentra en alto y que propiamente constituye el aposento, mide comunmente cinco metros de largo por tres de ancho. Ya no quedan vestigios de techo; posiblemente fueron armazones de madera.

Las estructuras mayores aparecen hechas de cuerpos o porciones sobrepuestas, en orden decreciente a partir de la base y con las paredes o paramentos en talud. Son, pues, troncos de pirámide, cada uno menor que el que le sigue; aun cuando la diferencia en proporciones es ligera. Cierto que la capa vegetal impide por lo pronto un reconocimiento exacto; sin embargo, dudamos que puedan nombrarse propiamente terrazas de separación las que limitan uno y otro piso, los que, a lo sumo, estuvieron divididos por un pasillo angosto.

Por efecto de esta disposición, los edificios resultan altos con relación a su base; y los paramentos presentan inclinación muy fuerte, de quince y veinte grados, y en algunos casos mayor.

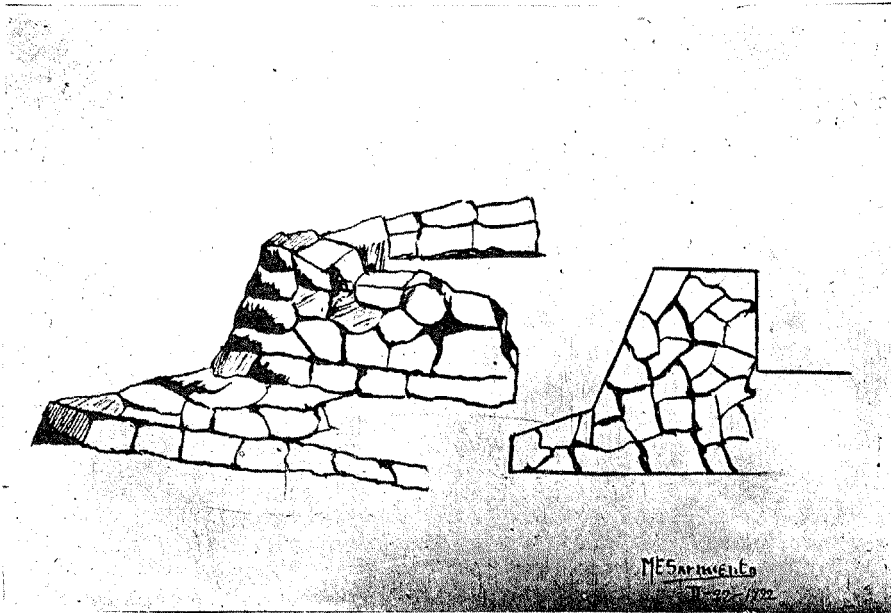
La esquina está bien resuelta. La arista aparece clara y precisa, cuando es posible descubrirla por debajo de la tierra y los escombros. Las piedras del ángulo se acomodan con justeza, apareciendo alisadas y bien cortadas por la cara externa.

\*  
\* \*

Como dijéramos, a nuestro juicio las estructuras menores fueron viviendas de los habitantes de esta metrópoli. Todas presentan un zócalo elevado, el cual sostiene la habitación propiamente dicha; ésta invariablemente se levanta en alto, a dos, tres y cuatro y medio metros de elevación.

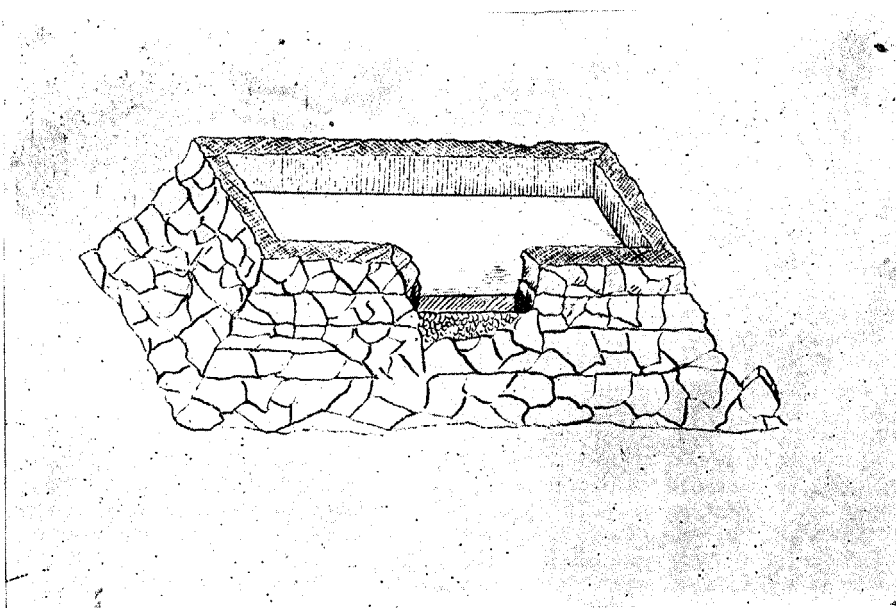
Un hecho es digno de notarse: cada estructura sirve de base a un solo aposento. De ellos, pocos pueden estudiarse ahora; la mayoría se ve cubierta de escombros o está perdida. También la planta de estos cuartos es rectangular. Ligeramente alargados, en realidad son pequeños todos los que hasta el presente hemos reconocido.

Por la ligera diferencia existente entre las dimensiones de los que nombramos aposentos y la base de su respectivo zócalo, se aprecia que los muros exteriores también van en talud en estas estructuras. Pero no es lo general que la pared exterior del cuarto forme un muro continuo, es decir, una línea ininterrumpida con la de su zócalo o basamento; en varias de las estructuras que reconocimos, hay planos ligerísimos en el paramento. Quiere decir que el sistema arquitectónico — la construcción por troncos decrecientes de pirámide — es análogo en las grandes y en las pequeñas estructuras.



Sistema de construcción en los edificios menores (probablemente viviendas). Se aprecia el zócalo en que descansan, el muro exterior en talud y el muro interior vertical.

Núm. 9.



Sistema de construcción. Piedra fragmentada al exterior, unida sólo con lodo, y una "torta" o concreto indígena en el piso del aposento. El núcleo, de tepetate o toba volcánica.

BIBLIOTECA CENTRAL DEL  
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA  
CIUDAD DE MEXICO



Dichos planos entrantes no miden más de cinco y, quizá alguna vez, diez centímetros de anchura; en cambio, en las pirámides mayores posiblemente alcanzan cincuenta, setenta y aun ochenta centímetros. Al limpiarse los montículos rectificaremos las medidas.

### SISTEMA DE CONSTRUCCIÓN.

El núcleo de las estructuras de Hueyaltépetl está compuesto de tepetate (toba volcánica), formando la piedra el simple revestimiento de los edificios. Este relleno de tepetate al interior de las construcciones, amerita mención muy especial, porque singulariza a la metrópoli objeto del presente estudio. En efecto, en la mayoría de las ciudades aborígenes en ruina de la altiplanicie, del Sur de la República (Mitla), y aún de la zona chiapaneca y yucateca, el lleno de las estructuras se compone de piedra en bruto, fragmentada, y unida con simple lodo, tierra y, algunas veces, mortero en cantidades. Lo general es que el lodo o barro y la piedra suelta constituyan el núcleo; así se observa hasta en las ruinas de la antigua Tenochtitlan. En Teotihuacan, el lleno son adobes en las pirámides principales; las estructuras de la Ciudadela (Xincalpan) presentan la piedra fragmentada y la tierra o lodo.

A la vez que el uso de la toba volcánica (el tepetate) presta al sistema fisonomía peculiar, es evidente que ofrece ciertas ventajas. Desde luego, la mano de obra se facilita considerablemente; y que las estructuras no pierden solidez, dígalo objetivamente esta misteriosa Hueyaltépetl. ¡Siglos y siglos impotentes para destruir sus monumentos, donde arraigan pinos gigantes y sobre los que descargan por largos meses del año las terribles tormentas del Cofre!

Por lo que toca a los muros de las estructuras que los tienen (es decir, los edificios menores, en la parte alta que constituye un cuarto, pues las pirámides grandes lo que muestran propiamente es el revestimiento), hállanse construídos en forma análoga a la que se observa en las otras ciudades de cultura náhuatl o tolteca, y en alguna de las meridionales: piedra fragmentada y unida con barro.

Como dijéramos antes, los aposentos formados en lo alto (de los que únicamente se conserva la parte superior), son cuadrangulares, de cinco a seis metros de largo, por tres o cuatro de anchura. El muro, hacia dentro, es perpendicular, estando para afuera en talud, como el perfil anexo (véase la ilustración núm. 8, figura 2) lo manifiesta. Revístelo por dentro un aplanado de dos centímetros de espesor, bien aplicado sobre la piedra del muro. (Véase la ilustración núm. 9.) Dicho muro mide alrededor de sesenta a setenta centímetros de espesor.

\*  
\* \* \*

Como se ha visto, el revestimiento de las pirámides es de piedra, y está dispuesto más o menos regularmente, por hiladas.

Son fragmentos de figura irregular. Se nota que se procuró darles tamaño uniforme, el cual podemos estimar, aproximadamente, en un pie cúbico; pero, en algunos edificios, los bloques tienen doble tamaño.

También adviértese que se intentó dar a las hiladas uniformidad; el hecho es que, contemplándolas a distancia, en muchas de las estructuras, su colocación respeta bastante el paralelismo de las líneas.

¿Cómo fue puesta la piedra? Acomodada, simplemente, sin el empleo de otra argamasa que lodo. Los bloques o fragmentos irregularmente cortados se encuentran puestos con habilidad; y lechos de lodo llenan los intersticios haciendo veces de mortero o mezcla, sistema del que abundan ejemplares en Teotihuacan, en la antigua ciudad de México, en Mitla, en Palenque, en Uxmal y en Chichén Itzá. Especialmente en las ruinas de origen náhuatl o tolteca prevalece dicho modo de construir; en la zona maya existen casos análogos, pero el uso del mortero es muy frecuente y lo empleaban en grandes cantidades.

Digamos que los bloques presentan figura irregular por todas sus caras, excepto la externa que aparece lisa. El trabajo que dicha superficie lisa supone, hecho en piedra dura, de naturaleza traqui-andesítica (que es la del Cofre), manifiesta en los constructores una etapa de civilización más, ya que conocían no sólo la talla de la piedra, sino que podían pulirla con destreza en material resistente.

Por efecto de lo anterior, el conjunto de los paramentos presenta uniformidad suficiente para sugerir, en cualquiera estructura, la imagen de un muro continuo y compacto, impresión de orden estético que entendemos fue buscada con deliberación por los artifices constructores. Estaban, pues, capacitados para consideraciones de esa índole, nuevo dato por el que llegaremos a determinar su grado de cultura.

¿Estaría pintado el revestimiento de los grandes edificios? No lo sabemos hasta ahora, ni nos atrevemos a emitir conjeturas al respecto; pero encontramos y recogimos un pequeño fragmento de la piedra maciza que constituye los bloques, con huellas notorias de una capa de pintura ocre aplicada directamente sobre el fragmento, el cual no parece haber tenido aparejo previo. Este interesante ejemplar ha sido traído al Museo, de cuyas colecciones forma parte ahora.

Siendo imposible generalizar con dicho dato, esperamos el hallazgo de nuevos elementos que nos permitan saber si los constructores de Hueyaltépetl habían pintado el revestimiento de sus grandes edificios y si lo hacían por medio de aparejo o directamente aplicando los colores en la piedra. De ambas prácticas hay ejemplos en las ruinas de cultura náhuatl y en las de cultura maya. A veces en un mismo edificio (Tepoztlán puede citarse) la pintura está aplicada directamente en ciertas porciones y en otras por medio de aparejo. Aquéllas son las que debían decorarse en forma especial; y el aparejo servía para la decoración de conjunto.

En Hueyaltépetl, probablemente, este último efecto fue el buscado, en el supuesto de que haya habido pintura; es decir, se trató de comunicar al

paramento una coloración roja, semejante a la que se observa en la mayoría de los edificios toltecas y los que nombramos aztecas. Recuérdense las pirámides y templos de Teotihuacan.

Atento lo anterior, puede aventurarse el concepto de que la raza o familia constructora de la ciudad del Cofre de Perote, tuvo afinidad con los pobladores del centro del país o se encontró con ellos en contacto cultural.

#### DATOS ESTABLECIDOS

Digamos en resumen, como datos para determinar la cultura de los constructores de Hueyaltépetl, que conocieron el uso del mortero, aplicándolo en el interior de los aposentos que les servían de vivienda y acaso en los edificios que coronaban las pirámides descritas y de las cuales estructuras superiores, ninguna huella queda al presente. A la vez, encalaban y enjalbegaban las paredes de los aposentos en cuestión, ejecutando la obra con esmero, atento que ni el transcurso de siglos logra acabar con los vestigios.

Cortaban la piedra, según aparece en las esquinas y en porciones del frente de los edificios; pero por lo regular se limitaban a fragmentarla, acomodándola con pericia, mediante lechos de lodo. Los bloques del revestimiento están alisados por su cara externa, y a veces en dos de ellas: esto significa que alcanzaron el pulido en piedra dura.

La exploración ha sido breve; mas puso al descubierto unos cuantos trozos incompletos de piedra caliza o arenisca sumamente blanda, en los que parecen advertirse huellas de corte más perfecto; creeríase ver molduras y aun algo como fragmentos de capiteles. También encontramos un pequeño trozo donde es posible reconocer la figura de una flor (véase la ilustración anexa), acaso empleada en el decorado externo de algún edificio. Dichos fragmentos son muy pocos hasta ahora; la mayoría de la obra de Hueyaltépetl aparece hecha en la piedra traquítica, maciza, del Cofre.

Todas las estructuras son basamentos. Todas tienen núcleo de tepetate (hecho peculiar a esta metrópoli) y revestimiento de piedra fragmentada. Todas las que nombramos menores sostienen un solo aposento o cuarto superior; parece que aquí no se conocieron series de salas o de habitaciones, como en Palenque o en Tikal.

Los techos de los cuartos han desaparecido en lo que hasta la fecha va estudiado; de los adoratorios, que, sin duda, se levantaban sobre los grandes basamentos o pirámides, nada queda al presente: ignoramos si fueron construcciones de piedra o si lo fueron de madera; verosímilmente, ambos materiales entraban en la obra.

La erección sobre basamentos piramidales, del santuario, del templo o del palacio, denota afinidades entre los constructores de Hueyaltépetl y las culturas que dieron origen a las florecientes metrópolis y centros de Teotihuacan, Cholula, Tepoztlan, Xochicalco, Mitla, Palenque, Uxmal, Chichén Itzá, Tikal, etc., etc. Sin embargo, hubo un motivo concreto para el empleo de zócalos en la urbe descubierta: el hallarse la localidad sobre la pendiente

pronunciada de un cerro. Por esta situación difícil, aun las viviendas de los moradores se levantan en alto.

El aislamiento de los edificios principales, situados al centro o en el fondo de espacios descubiertos o explanadas (hechas diestramente, entre las desigualdades del declive del cerro), es otro dato que nos sirve para identificar la civilización de Hueyaltépetl con la de las zonas meridionales (toltecas, nahuas, mayas, zapotecas), diferenciándola de la cultura del Norte, en la cual los edificios aparecen circunscritos dentro de un recinto cercado, y unidos entre sí por paredes.

Las plazas de la ciudad del Cofre de Perote se reconocen con dificultad; pero son apreciables todavía. Alcanzan veinte, treinta, cincuenta y aun sesenta metros de longitud, con la anchura correspondiente.

En cierta zona del lugar puede distinguirse una como gran avenida; bordeada de edificios de altura semejante, y plana y regular en su trazo, mide ciento cincuenta metros de largo por doce de anchura, y, ciertamente, debió presentar aspecto majestuoso. Allí corresponde iniciar las excavaciones, a nuestro juicio.

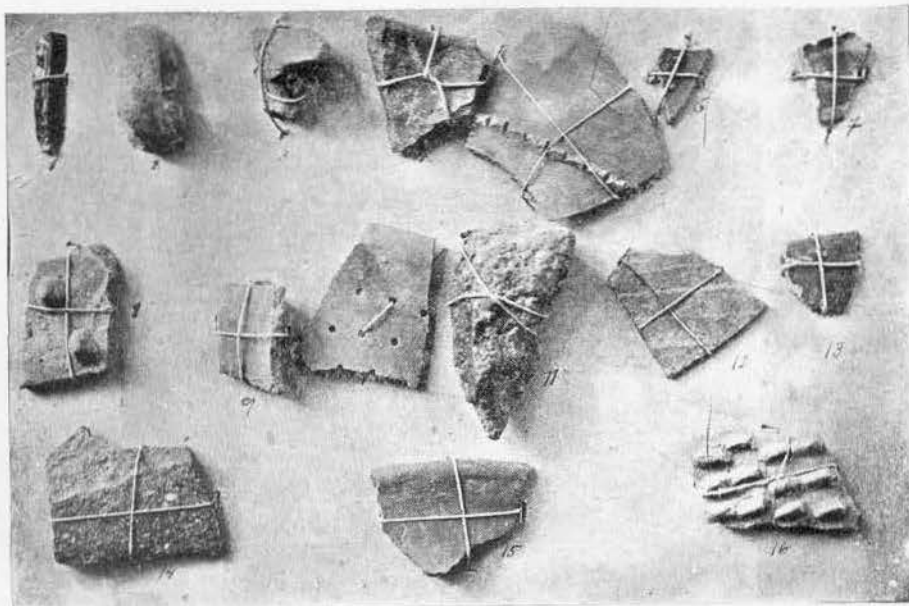
Por varios sitios se encuentran restos que sólo pueden considerarse como murallas. Protegen grupos importantes de estructuras, y se componen de piedra fragmentada puesta con destreza, con las caras externas en talud y la superficie superior a nivel.

Cerca de ciertos edificios hay unas curiosas oquedades en el suelo, que tal vez estuvieron revestidas y sirvieron como depósitos de agua. También se reconoce una vasta excavación con borde de piedra y contornos regulares, la cual se antoja el estanque de la metrópoli, a donde los moradores acudieran para abastecerse del precioso líquido. Por supuesto, que el agua abunda en localidad donde las lluvias son tan copiosas; bastaba captarla en lugar a propósito, que bien pudo ser el amplio estanque a que aludimos.

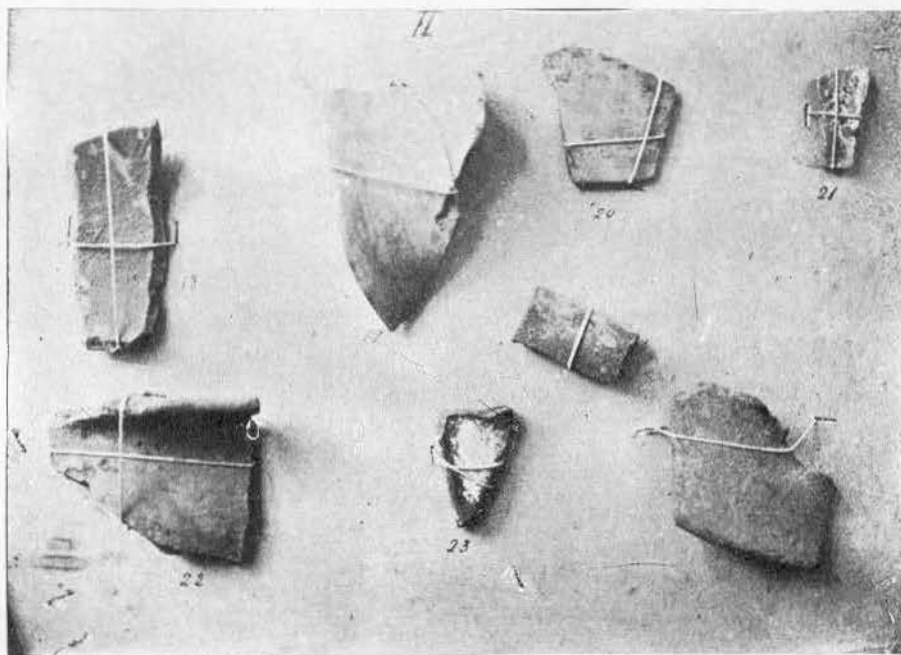
### CERÁMICA DE HUEYALTÉPETL

Dos palabras sobre la tiestería de Hueyaltépetl. Los ejemplares encontrados, en su totalidad, son superficiales, y tanto más escasos cuanto que el declive del sitio ha facilitado en todo tiempo su arrastre por la ladera del cerro. Esperamos que los cortes estratigráficos, practicados en ciertos parajes, ofrezcan una recolección abundante de fragmentos, y entonces será factible emitir inferencias razonables.

Mientras tanto, diremos que todos los recogidos por nosotros, están rotos. Son fragmentos de tiestos, ollas, platos y vasijas de distinta forma. La arcilla es grosera en multitud de casos; pero a veces fina y aparece bien batida y trabajada. La cocción es imperfecta en muchas piezas, sin que falten ejemplares en los que fue completa. La mayoría de los fragmentos no tiene pintura; pero hay varios con barniz muy fino y huellas apreciables de color y decorado, aun cuando éste se muestra incipiente en los ejemplares que tenemos.



Núm. 7.



Fragmentos de la cerámica de Hueyaltépetl.

BIBLIOTECA CENTRAL DEL  
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA  
CIUDAD DE MEXICO

Toda esta primera colección fue traída al Museo. Repetimos que poco puede deducirse aún, ya que fue recogida completamente a la superficie y es muy limitada. Se encuentran, sin embargo, restos de ollas, de modelado que manifiesta suma delicadeza; el gálibo es elegante; el barro de color moreno y muy fino. Merecen citarse unos fragmentos, por cierto adorno muy curioso que presentan: partículas de barro en hileras, aplicadas en fresco sobre el dorso de la pieza, a lo que entendemos por pastillaje; conservan dichas partículas la huella de los dedos del artífice. También hay fragmentos con agujeritos muy regulares, en serie; acaso las piezas completas eran zahumadores.

Esperemos que nuevas exploraciones nos suministren otras luces en el capítulo de la cerámica. Nuestra primera impresión es que Hueyaltépetl no fue localidad de particular refinamiento en este punto, acaso porque predominaba el carácter de atrincheramiento militar. Digamos, también, que parece notarse semejanza entre sus tipos de tiestería y los de la ciudad de Cantona, la metrópoli del pedregal fronterero, la áspera y terrible población descubierta por Saussure a treinta kilómetros de distancia.

Ninguna figura de piedra se ha encontrado hasta el momento en la vertiente del Cofre; ningún resto de escultura en material resistente; ninguna representación humana o zoológica en barro o en piedra. Pero es prematuro hablar de esto.

Fragmentos de obsidiana (núcleos, puntas de flechas, etc.) aparecen, bien que no con particular abundancia, como ocurre en Cantona; también examinamos un pequeño bruñidor en piedra caliza negra y compacta, esmeradamente labrado.

### HUEYALTÉPETL Y CANTONA

Aquí concluye este informe, al que sólo queremos agregar breves impresiones acerca de Cantona. Hallándose enfrente, a treinta kilómetros de distancia, la ciudad descubierta por el geólogo ginebrino, deber nuestro era visitarla, como arqueólogos y exploradores, a fin de establecer analogías y formar comparaciones. Posiblemente las culturas de una y otra localidad tuvieron afinidades.

Prematura sería una opinión categórica, pues apenas sí tuvimos tiempo de asomarnos a la casi inaccesible metrópoli. Ello nos valió, sin embargo, para poder afirmar que este campo arqueológico se encuentra virgen, pues que ninguno de los escritores que lo citan — su ilustre descubridor inclusive —, han hecho cosa más que poner los ojos en tan extraño paraje. Sus descripciones y sus referencias claramente lo revelan.

Cantona es una ciudad enorme, erigida en el más sorprendente de los sitios: un océano de lava, la más áspera, la más salvaje e inabordable de cuantas hemos visto en los *malpais* mexicanos. Mientras el Pedregal de San Angel, escabroso en grado sumo, alcanza seis y ocho metros de espesor, el vómito de la erupción en las faldas del Vigía Alto tiene parajes en que mide

quince y veinte metros, y todavía a esa altura se proyectan riscos y bloques enormes, que antójanse masas de espuma petrificada en el instante mismo de saltar al espacio.

Y las construcciones se levantan literalmente sobre esa costra terriblemente desgarrada y rugosa; en medio de aquel hacinamiento de agujas y obeliscos, grietas y oquedades, levantamientos que dijéranse olas gigantescas y cráteres desolados y dantescos. Allí están las calles sinuosas, los remedos de plaza, las viviendas y los adoratorios-pirámides de Cantona.

La primera deducción — y esta pertenece al glorioso ginebrino —, es que los moradores de Cantona se refugiaron allí perseguidos por algún adversario que los forzó a albergarse entre las intransitables asperezas donde el primer elemento de vida, el agua, falta casi por completo.

La ciudad comprende una extensión que abarca, sin duda, varios kilómetros cuadrados. Confinan las obras de mano de hombre con el borde de la lava, en las inmediaciones del cerro y de la hacienda de Tézontepec. Apenas se ha puesto el pie en el pedregal, eludiendo, con trabajo, los amagos de las feroces espinas de los terribles cactus, únicos representantes de la familia vegetal capaces de medrar en ese terreno, comienzan a reconocerse cercas de piedra en bruto, toscamente amontonada, las cuales determinan lo que con dificultades se decide uno a considerar como angostos y zigzagueantes callejones. Pero, poco a poco, el viajero se resuelve a admitir que las bardas limitan espacios interiores con apariencia de regularidad, y que, dentro, existen otros muros que parecen cimientos, plantas, o mejor dicho, restos de viviendas ruinosas y sin techo, en las que preciso es reconocer lo que ha quedado de antiquísimos y primitivos albergues.

Toda Cantona muestra esa disposición: la lava del pedregal en bruto formando los muros de viviendas primitivas; una vaga apariencia de trabajo artificial; una impresión singular de algo tosco, arcaico, peculiar y bárbaro, y ello no obstante, grandioso y cautivador en cierta forma. El sitio no daba para más; y aun es notable que haya podido construirse lo que existe. Cantona es, sin duda, la ciudad más extraña del mundo.

En medio de su aspereza, el pedregal forma un reborde largo y pronunciado. La lava se levanta otros veinte o treinta metros, prolongándose cerca de un kilómetro dicho accidente del terreno. Las gentes de las inmediaciones le llaman El Banco.

Ahora bien, los exploradores y visitantes suelen hablarnos de "una" pirámide en Cantona. Pues sépase que sobre El Banco se cuentan por lo menos diez montículos, y que de sus alturas, observatorio magnífico para reconocer los llanos y las cordilleras lejanas, pueden distinguirse otras tantas estructuras de igual forma diseminadas en el pedregal.

La fotografía anexa da idea de una de las mayores. Todo es piedra en bruto — hasta el núcleo, a lo que creemos —; pero que los constructores lograron regularizar las líneas, imprimiendo al conjunto un aspecto armonioso, la contemplación del grabado lo dirá.

El monumento quizás sea un poco mayor que las pirámides principales



de Hueyaltépetl; mide quince metros de altura y treinta y cinco de base. Otras pirámides tienen dimensiones análogas.

Inmensa cantidad de puntas de flecha cubre el suelo de Cantona. ¿Fue escenario de horrendos combates? Todo hace suponerlo. En las barrancas cercanas de los cerros Oyameles y Pizarro abundan los yacimientos de la obsidiana.

La tiestería es copiosísima en las calles y solares de la ciudad, y debe ser por todo extremo abundante en el subsuelo. Varias clases de tipos se reconocen: unos, finos, pulidos y brillantes; otros, toscos y groseros. Análogos con Hueyaltépetl, existen; pero el campo está por estudiarse, y toda opinión sería prematura.

Aquí sí se encuentran — y debe haberlos en cantidad — ejemplares de representaciones humanas y zoológicas en piedra dura; en barro los hay interesantísimos. Una figura humana yacente está toscamente esculpida en la lava; sobre la cabeza se distingue un signo verosímilmente simbólico, en el que nos parece hallar rasgos del Tau, o bien del glifo cronológico característico de la escritura mixteca.

Nosotros localizamos otro ídolo suelto, bastante informe, y no conocido por la gente comarcana; mide cerca de medio metro de altura. Representa vagamente una figura humana. Es de piedra distinta de la que constituye el pedregal.

Por los datos consignados en las Gacetas de Alzate (primera e interesante referencia de Cantona), sábese de una mesa monolítica en piedra muy dura y fina, la cual estaba pulimentada en forma exquisita; los pies de esa mesa formaban parte del monolito.

Entre los ejemplares de barro que vimos, hay cabecitas de animales y figuritas realmente preciosas, por el material, la técnica y el acabado de la pieza. También hay cabecitas de tipo el más arcaico de la República. Vimos, asimismo, petroglifos de carácter enteramente primitivo, hechos en pequeñas piedras calizas; estos ejemplares, pertenecientes a la apreciable familia Limón, constituyen documentos de grande valor para la antropología y la prehistoria del Nuevo Continente.

Tal mezcla de elementos variadísimos, esas manifestaciones confundidas y desconcertantes de adelanto y de barbarie, presentes a la vez en el sitio, dan al visitante su impresión más profunda al internarse entre los vericuetos de tan extraordinaria localidad. He ahí el problema por excelencia que se ofrece a la mente del investigador.

En muchos respectos, Cantona nos parece más antigua que Hueyaltépetl, antiquísima a no dudar; en cambio, ciertos datos deducidos especialmente de su tiestería, se antojan como significativos de mayor refinamiento. Si Cantona nos parece ante todo atrincheramiento, Hueyaltépetl sugiere a la vez un santuario.

¿Cuáles razas edificaron estas urbes misteriosas? ¿Una sola familia? ¿Pueblos diferentes?

Contentémonos con decir, por el momento, que Hueyaltépetl revela afini-

dades con las culturas del sur y con las de la altiplanicie; y permítasenos afirmar que la construcción de esta interesante metrópoli se remonta, sin duda, a bastantes siglos antes del descubrimiento de América.\*

México, mayo de 1922.

\* El nombre de Hueyaltépetl le fue impuesto por nosotros a la ciudad descubierta, de acuerdo con las condiciones de la localidad. Nombre indígena no se conoce. La gente comarcana (de Perote y de las rancherías vecinas) acostumbra llamarle *Pueblo Viejo*. Pero *pueblos viejos* los hay cerca de Tampico; los hay en la chinantla tuxtepecana; los hay en muchas partes del país. Por lo tanto, otra designación era conveniente.

Referencias escritas acerca del lugar, sólo conocimos la que consignó Saussure en su relación del descubrimiento de Cantona ("*Découverte des ruines d'une ancienne ville mexicaine située sur le plateau de l'Anahuac*"). Par M. H. de Saussure.—Bulletin de la Société de Géographie de Paris, 1858). Dice allí (pág. 293) el eminente escritor: "La ciudad de Canton n'est pas le seul vestige archéologique du plateau de Pérote. On m'a dit qu'on en voyait encore à quelques lieues de cette ville, dans les forêts qui tapissent le versant du Coffre, mais je n'ai pas eu le loisir de les visiter, et d'après les renseignements qui m'ont été fournis, je les ai jugées à tort ou à raison assez insignifiantes. Je les signale toutefois à l'attention des voyageurs car c'est souvent là où les apparences sont les moins favorables que les recherches attentives obtiennent le résultat le plus inattendu."

"Dans un mémoire géologique sur le Coffre de Pérote, Galléotti parle de ruines qu'il prétend exister sur ce volcan, et qui seraient, ensevelies sous une coulée de lave. Je suppose que les indications erronées dont cet auteur fait mention, doivent se reporter à la Ciudad de Canton."

Este dato y las noticias que obtuvimos de un militar de las guerras recientes, quien recordaba haber hecho campamento una noche en ruinas de la sierra, sin poder precisar el sitio, fueron el punto de partida de nuestra exploración. Como se ve, el sabio ginebrino se equivocó acerca de la importancia posible de los monumentos; pero su observación respecto de los hallazgos imprevistos, era exacta. Acaso exista alguna otra indicación escrita referente a dichas ruinas. Saussure alude a una de Galeotti; pero es el caso que en el estudio del ilustre belga sobre el Cofre de Perote, no aparece. Quizá algún viejo cronista o algún fraile consigne datos en el particular, pues es sabido lo acucioso de nuestros antiguos escritores. Así ocurrió con la misma Cantona, de la que dan noticia las "Gazetas" de Alzate, sin que esto reste valor al descubrimiento de Saussure.

En la carta arqueológica del Sr. Batres, no figura el sitio de Hueyaltépetl; la carta del Sr. Gamio aun no se publica; y seguramente su autor carecía de datos al respecto, ya que ha guardado silencio por espacio de meses, desde que el descubrimiento hecho por el Museo de Arqueología se anunció profusamente en la prensa. Correspóndenos, pues, dar cuenta al mundo científico de este nuevo hallazgo, que enriquece el campo de la *americanística* con el conocimiento de otra urbe de los pobladores precolombinos de la altiplanicie mexicana.

JUAN PALACIOS.